

LA INTERDEPENDENCIA

por Francisco-Manuel Nácher

- ¿Tú crees de verdad que interdependemos tanto unos de otros como se dice?

- Por supuesto. Y para darte cuenta de ello sólo tienes que preguntarte, por ejemplo: ¿Si el asesinato de César hubiera tenido lugar el año 64 en lugar del 44 a.C., ello hubiera repercutido de algún modo en cuanto yo he llevado a cabo esta misma mañana? Y, a poco que pienses, tendrás que concluir que sí, que si César no hubiese conquistado las Galias no habría llevado allí el Derecho Romano y luego, pasados diez y ocho siglos, Napoleón no hubiera impuesto a España su código, y la vida española no sería ni parecida a la que es hoy y, por tanto, esta misma mañana tú hubieras hecho otras cosas o de otra manera, porque vivirías de modo distinto y hasta quizá en lugar distinto...

- Parece mentira... Pero, ¿no te parece un poco rebuscado?

- No. Te voy a contar algo que me ha sucedido hace unos días.

- Vamos a ver.

- Iba por la calle cuando me tropecé con una persona. Curiosamente esta persona resultó ser un compañero del colegio al que hacía más de cuarenta años que no veía. Celebramos el encuentro almorzando juntos y, lógicamente nuestra conversación se nos fue a lo que teníamos en común: El colegio. Durante la charla yo comenté lo desagradable que fue para mí un suspenso que me puso el profesor de Física y Química en quinto curso de bachillerato. Y, ante mi sorpresa, mi amigo me contó que aquel suspenso fue un error. Asombrado, le pedí explicaciones, pues me extrañaba que él, a estas alturas, se acordase de aquello. Verás, me dijo: "

Yo, como recordarás, estaba un poco enchufado con don Juan, el profesor de la asignatura. Él me confió la labor de copiar las notas que había puesto, de los exámenes escritos a la lista de clase, junto al nombre de cada uno. Y así lo hice. Sólo que cometí un error y bailé tu nota con la del amigo Pons que te seguía en la lista y que no era demasiado bueno. Cuando me di cuenta de mi error, ya las notas se habían publicado y no me atreví a decir nada a nadie pensando que tú, que eras muy buen estudiante, superarías fácilmente aquello y a Pons no le vendría mal el error. Por eso me acuerdo. Es una cosa que he llevado siempre en mi conciencia, aunque no sea más que una anécdota de colegio sin mayor trascendencia. Pero me alegro de habértelo podido decir hoy, créeme.

- Vaya broma que te gastó.

- Sí. Vaya broma, porque lo que tú no sabes - ni él tampoco - es lo que siguió.

- Y ¿qué siguió?

- Pues siguió que aquel profesor de Física y Química fue destinado a otro colegio después del examen; que su sucesor, que era un inepto como docente, no tenía de mí más referencia que el suspenso que heredó de su antecesor y se formó de mí una idea errónea. Y, como no era buen profesor, insistió en esa idea de tal modo que yo, que hasta ese momento había estudiado la asignatura con ilusión y hasta con complacencia, y que tenía in mente llegar a ser un día médico, aborrecí de tal modo la materia que, a la hora de decidirme por ingresar en una facultad u otra, opté por la de Derecho por miedo a la Química. De modo que, por culpa de aquel error de mi amigo yo he sido abogado y no médico y ese error hizo dar a mi vida un viraje definitivo. Si yo no hubiera sido abogado no hubiera conocido a mi mujer y no hubiera tenido los hijos que tengo, etc. etc. ¿qué te parece?

- Me parece asombroso.

- Pues piensa que todo, absolutamente todo lo que haces, dices o piensas es una causa que pones en acción. Una causa que, sin excepción posible, producirá un efecto que tú ya no podrás controlar pero del que serás responsable directo. De ahí deriva el problema, nada intrascendente, de la responsabilidad, consecuencia directa de nuestro libre albedrío.

* * *